

APENDICES Y COLETILLAS A LAS REFORMAS DE FRAGA



LA REFORMA DE LAS ESTRUCTURAS

UNO ha hecho de tripas corazón y se ha leído de punta a rabo las reformas que pretende llevar a cabo el señor Fraga Iribarne si algún día llega a mandar. Lo que aparece a simple vista es que este hombre no es precisamente un revolucionario. Su programa reformista, anunciado a bombo y platillo en el huecograbado de un periódico nacional, no es más que una suave pasada de cepillo para quitar la caspa de las hombreras del país, un leve retoque en el nudo de la corbata, un poco de gomina para el pelo y una sesión de limpiabotas. Fraga no está dispuesto ni siquiera a llevar el traje al tinte. Todo cuanto se propone el ilustre reformador es barrer las miserias más vistosas bajo la alfombra y meter al país en un envase con diseño pseudo-democrático que facilite la exportación. La cuestión es conseguir el visto bueno.

El estudio reformista de Fraga Iribarne es un buen análisis de la cáscara. El profesor se ha dejado en el tintero precisamente la almendra del problema. Si uno engola la nuez y se decide a escribir la verdad pelada la cosa queda así: los males del país están en su estructura oligárquica - capital - monopolista, la crisis de convivencia de los españoles tiene el foco más profundo, nuestra enfermedad reside en unas relaciones socio - económicas con muchos residuos medievales. De modo que de nada sirve pasar el plumero para quitar el polvo. Eso sería como coger a un enfermo doblado por la peritonitis y operarle de amígdalas o tratar de curar una bronquitis aguda con pastillas juanola. Lo que pasa es que en este territorio hacerse un hombre prestigioso es más fácil que la mar. Basta con ser un empollón y tener un poco de labia. Si los tecnócratas del Opus lograron cierta fama con el camelo de la dinámica y la coyuntura, imaginen lo que puede conseguir el señor Fraga que sabe eso y además sabe recitar textos de memoria de Derecho Constitucional. El profesor quiere poner al país en estado de revista, aunque el barrido esté metido bajo el petate. Al final todo

queda como estaba. Un toquecito por aquí, un golpecito por allá, ahora le paso el barniz a este asunto, después le pongo nogalina a la otra cuestión y en resumidas cuentas, después de tanto lío, queda intacto en el tintero lo único que merecía ser reformado. Y uno queda como un hacha. Así cualquiera. ■ V-CENT.



LA REFORMA DEL PERSONAL

LOS hay que se conforman con muy poco. Por ejemplo, Fraga, que se ha quedado corto con las reformas. Para cambiar al país en calderilla democrática, cinco o seis reformas son ciertamente pocas. Con cinco o seis reformas no tenemos cambio, como los taxistas cuando se les da un billete de mil pesetas, lo siento, don Manuel, acabo de cambiar ahora mismo. Aquí, don Manuel, hay que hacer treinta y cinco millones de reformas. Una por barba.

Sobran estructuras, y sectores de la sociedad, y estamentos, e instituciones. Por mucho que cambiemos el paraguas, si no cambia el personal seguiremos mojándonos, señor Iribarne, que es como sé que a usted no le gusta que le digan.

Usted, don Manuel, quiere reformar el sistema, y se olvida del personal, macho, que es lo más importante. Vamos, que no sólo hay que reformar el local, ponerle escái y moqueta, sino que también hay que meterle mano a las existencias, si no aquí no vendemos una escoba, don Manuel, por mucho que nos anunciemos con el cartelito de «nueva dirección» con que se acaban hundiendo hasta la quiebra los negocios que no marchan bien.

Don Manuel, lo dicho: que hay que quitarle al personal muchas cosas de la cabeza y meterle otras. Mire usted: que aquí no somos distintos, ni diferentes, ni la reserva espiritual de nada. Aquí no hay más reserva que la de Doñana, que lo que quiere el personal es mayormente seguir viviendo bien, y trabajo y salud que no falte, y tener libertades para hacer fracasar si quiere en las elecciones sindicales a don Marcelino Camacho, que fíjese usted si será de orden que se

llama como Menéndez y Pelayo. El personal, don Manuel, aunque usted le tenga tomada con la reforma fiscal y con cosas de mayor cuantía, lo que quiere el personal, don Manuel, le venía diciendo, que me saca usted de quicio, es acabar de pagar el piso, y comprarse un mil cuatrocientos treinta con radiocásé, y empezar con las letras del televisor en color, que será señal de que no falta. Y el fútbol, y el feliciano conyugal del sábado, sabadete, y el fin de semana en el campo, y la paga del 18 de julio, y el mes de vacaciones en Benidorm. ¿Usted cree que podemos hacer algo con semejante personal? Pues esa es la cera que arde, lo que pasa es que usted ha llegado de Londres y ha visto Jesucristo Superstar en las carteleras y se ha creído que todo el monte es Camilo Sexto versus Pablo Villamar

Así que, don Manuel, más respeto al personal, que se las trae. Lo malo del país no es el sistema, sino el personal. Porque quitándole a usted y a tres o cuatro más que quieren coger la sartén por el mango, aquí nadie habla de reformas, ni de democracia, ni de urnas, ni de leches. Aquí la gente lo que quiere son muchos goles y muchas pagas extraordinarias. Así que si no reformamos el personal y trae usted de golpe las urnas, quien no tenga nada que ver con ni las pagas extraordinarias ni con el fútbol va de cráneo. Y usted, que yo sepa, no es don Santiago Bernabéu ni aspira a que le nombren ministro de Trabajo. Ese es Girón, que no se cansa el tío. ■ MORA.



LA REFORMA DE LA INGLE

EL señor Fraga Iribarne, antes de venirse de Londres y de hacerle la última reverencia de «petit rat» a la Reina Isabel, se largó por delante, en el ABC, que siempre es una tribuna, una serie de reformas para el país, o sea España, reformas que estaban muy bien traídas y que, más que el futuro visto por Fraga, eran Fraga visto en el futuro, o sea en plan baranda.

Pero a don Manuel se le ha olvidado la reforma de la ingle o reforma sexual,

cosa importantísima en un país con tan alto índice de polución. Lo único que sugiere es que las jais hagan la mili y que el matrimonio sea un poco más abierto. Me parece poco, don Manuel, y le voy a explicar a usted en dos patadas mi reforma de la ingle, porque la ingle nacional está entumecida por siglos de incuria, escocida de cinturones de castidad, virgen de desodorantes íntimos y sin otro esparcimiento erótico que los polvos de talco de la infancia, que como polvo no son mucho.

Lo primero que está pidiendo la ingle nacional es ventilación, pues en Madrid hay demasiadas tiendas de bragueros, y no es fácil de gobernar un país que tiene tanta variedad de bragueros, como dijo De Gaulle que no es fácil de gobernar un país cual Francia, con tanta variedad de quesos. Por cierto que a queso de bola, o de ese otro que huele tan mal, es a lo que le cantan las ingles al nacional y a la nacional, y esto porque la saponificación, el detergente y el agua corriente han sido pecado en el país durante muchos años. Si será pecaminosa el agua que ya sólo te la dan embotellada y precintada. El agua corriente y gratis la llenan de cloro, pues siempre va en ella la tentación de lavarse, y por lo menos con el cloro te quedan escocidas las partes, y no vuelves a caer.

¿Por qué no ha hecho Fraga la reforma de la ingle? Cuando se bañó en estroncio - 90, en Palomares, con Paco y los de la coca-cola, Fraga mostró un bañador calzonazos por el que prueba que prefiere ignorar sus ingles e ijares, siendo así que si va a ser el caballo de Troya o de Atila que donde pise ya no nacerá hierba asociacionista, debe tener el ijar ofrecido a la espuela. La mayoría silenciosa tiene los ijares escocidos de espuelas y espalozos, pero vírgenes de talco democrático. Lo que Fedisa necesita es un tanga. ■ LORD.



Y EL FRAGA REFORMADO

COMO se sabe, el desarrollo completo del cerebro reduce al



UNA FRASE PARA LA HISTORIA

“MIS ESCOPETAS. ¿DONDE ESTAN MIS ESCOPETAS DE CAZA? NO VAYAN A PERDERSE...”

(Ilustres palabras de Fraga al pisar tierra española en Barajas. Dios nos coja confesados).

mínimo el sentido del tacto. El término es nulo, y lo único que puede pasar es que si haces «strip-tease» en Siberia alguien puede morir de frío en el Sahara. Finalmente el dolor, concretamente el de los demás, no se advierte en absoluto. No es este del todo el caso de Fraga, cuya reforma está intentándose con éxito parcial. El cuadro de irregularidades que presenta se basa en el «fingunt simulque credunt», es decir, que el paciente percibe la realidad conforme a su deseo. El síndrome del sílex, que en nuestro enfermo ha producido una erupción en sábana de democracia peculiar, la democracia «forte ma però con brio», que anula los «conjuntos de perplejidad equitativa», o síndrome de Scarlatti, no hay guapo que lo haya extirpado hasta ahora, con lo que es ahí, en la llamada «sima iracunda», donde se concentra nuestra reforma frankensteiniana. Primeramente se le ha modificado el circuito nervioso - medular, para lo que no hubo necesidad de quitarle el sombrero previamente anestesiado. Se trataba de insertarle un reflejo - reacción a lo San Francisco de Asís, que nunca dio patadas en el culo a los subdirectores ni desgració teléfonos. Por los espasmos constitucionales advertidos se vio que la cosa no había prosperado, dado que el paciente perdía fraguismo a mantas, con

lo que se le aplicó inmediatamente un «moderato cantabile» para bombo. Dio un grito espantoso, síntoma evidente de su incorporación a la vida política, lo que obligó a reducirle la actividad múltiple inconsciente suministrándole veinticinco miligramos de incuria liberal, paliándolo rápidamente. Al removerle la hipófisis, ya que parecía conveniente barrer debajo, salieron corriendo como insectos inmaduros, como cuando se levanta una piedra en el bosque, los cuatro jinetes del Apocalipsis y el Dies Irae, culminación democrática de un pensamiento de amor preestablecido sin consulta previa. Aislado el Dies Irae y observado en la platina del microscopio, pudo advertirse que habíamos encontrado «el programa», o cuando menos uno de sus borradores. Podía ya operarse sobre la inapelabilidad del fraguismo exacerbado, a medias entre un Platón dextrógiro y las categorías kantianas reivindicadoras exclusivas de la evidencia respecto al uno mismo —¡toma filosofía médica. Lain!—, y así hacer del paciente un tipo más o menos de la Ilustración. Ahora a esperar que se le despierte el sombrero de la anestesia, y a ver qué sale. Si hemos fracasado en la reforma ya puede la Historia Universal temblar como Santa Teresa ante Felipe II. O más, si cabe. ■ LICANTROPO.

